

BIOPOLÍTICAS DEL TRABAJO EN RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

ANDREA PEZZÈ
UNIVERSITÀ DI NAPOLI L'ORIENTALE

Abstract – This paper reflects on the relationship between the power of life and the regulation of work in the short story by Guatemalan author Rafael Arévalo Martínez, “Por cuatrocientos dólares (Un guatemalteco en Alaska)”, published in the seventh edition (1951) of the collection *El hombre que parecía un caballo* (*The Man Who Looked Like a Horse*) (1915). Drawing on the studies of Foucault, Deleuze, Gabriel Giorgi, and others on biopolitics, this paper seeks to investigate the fictionalization of the rationalization of life in the productive world—or, in other words, the narrative tension between the power of life and governmentality, the counterpoint between irreverent feasting and the organization of bodily consumption in industrial production. The aim of this work is to define the role of *queer* aesthetics and baroque style, both in terms of form and content, in the definition of a subalternity (from the point of view of work and social role) as one of the key tensions that characterizes modernity.

Keywords: Biopolitics; Governmentality; Rafael Arévalo Martínez; Guatemalan literature; *El hombre que parecía un caballo*.

1. Introducción

El escritor y ensayista guatemalteco Rafael Arévalo Martínez (1884-1975) es autor de una extensa obra literaria y protagonista de la vida cultural de Guatemala, particularmente en la primera mitad del siglo XX. En su obra se reconocen las novelas *Viaje a Ipanda* (1937) y *¡Ecce Pericles!* (1945), esta última sobre la dictadura de Manuel Estrada Cabrera que vuelve en la reconocida novela de Miguel Ángel Asturias, *El señor presidente* (1946).

A pesar de la dilatada producción cultural, la trayectoria literaria de Rafael Arévalo Martínez se caracteriza por la repetida elaboración de la colección de cuentos *El hombre que parecía un caballo* que llega a más de doce ediciones diferentes entre ellas. La primera es una producción privada que aparece por primera vez en 1915. Las ediciones totales son doce, según la “Nota filológica preliminar” a cargo de Dante Liano (1997: XXXI), y llegan hasta 1975, si no consideramos una edición póstuma de 1982. Todas las ediciones varían de las antecedentes en los cuentos que las componen, pero guardan, además de un núcleo originario que se ratifica de versión en versión, una firme continuidad temática que hace de la edición definitiva una pieza

única capaz de describir cabalmente la trayectoria intelectual de un autor difícil de catalogar.

“Por cuatrocientos dólares. (Un guatemalteco en Alaska)” aparece desde la séptima edición (1951). Fijámonos en el contexto político e ideológico en el que se escribe el cuento, a pesar de la publicación en una fase ya adelantada de la lucha de clases y de la afirmación de una teoría política de la subalternidad económica, “Por cuatrocientos dólares...” busca la representación de las contradicciones del capitalismo desde una mirada muy propia, que se podría definir al mismo tiempo anterior y alternativa a la organización materialista y dialéctica de la subalternidad económica. Por esta peculiaridad, el cuento puede leerse también desde el interés contemporáneo por las políticas sobre los cuerpos (Rossetti, Gonçalves 2022), o hasta desde el debate sobre biopolíticas y biopoder, volviéndose así muy actual y llamativo. La reducción del cuento a un asunto realista que hace Antonio Pagés Larraya (1968)¹, desde las herramientas de la crítica de finales de la década de los sesenta, puede ahora desarrollarse según otras categorías interpretativas.

Desde el punto de vista de la ficcionalización de diferentes tipologías de sujetos subalternos, el enfoque crítico de este trabajo privilegia la relación conflictual –muy modernista, un modernismo tardío que es coherente con la historia temática de *El hombre que parecía un caballo*– con el positivismo, con la retórica de las élites y con la definición del *homo œconomicus* foucaultiano, que lleva consigo también el concepto de “hombría productiva”, patrones fundamentales del cuento en cuestión. La divergencia con el realismo capitalista no se da, como en la literatura social del siglo XX, desde una dialéctica de clases, sino desde el punto de vista particular e insólito de un vástago criollo que abandona su vida acomodada para viajar a través de América del Norte hasta terminar en Alaska. Es bien diferente de las obras que circulan por Latinoamérica producto de las plumas más reconocidas de las décadas de los años 20 y 30 donde la subalternidad económica se lee desde el punto de vista de la reivindicación ideológica. Baste pensar tan solo en el tríptico de novelas publicadas en 1934, *El tungsteno* de César Vallejo, *Huasipungo* de Jorge Icaza y *Cacau* de Jorge Amado, las tres sobre las deplorables condiciones laborales de los trabajadores de los Andes y del trópico.

¹ El artículo aparece también en la edición Archivo de *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos* (1997), a cargo de Dante Liano, que usamos en este trabajo.

Pero, la diferencia de “Por cuatrocientos dólares...” —que, lo adelantamos, ficcionaliza la pesca y la producción industrial de latas de salmón— con las demás obras sobre la subalternidad en el trabajo, tiene que ver con las tipologías de diferencias que pone en escena, reclamando el reconocimiento de lo excéntrico y disidente más que del subalterno definido por la crítica marxista.

El reconocimiento en el cuento de una primera clase de marginalidad se acompaña también con la elaboración de Gayatri Spivak de un concepto de subalternidad que se amolda a las condiciones generalizadas del sujeto colonial. En unas pocas páginas, en una historia aparentemente descolocada, Rafael Arévalo Martínez logra registrar un abanico dispar de tipologías de subordinación, desde el orden colonial más clásico. En este sentido, por lo tanto, hay que buscar dos tipologías de explotados en el cuento, la primera relacionada con la colonialidad del poder en América Latina, concepto que desarrolla Alonso Quijano (2000, 2014, 2017) para explicar la continuación de la violencia epistémica, económica y política hacia una parte de la población. Por otro lado, en su labor polar el protagonista se incluye en otra categoría marginal, aparentemente más clásica, siendo víctima de las contradicciones laborales del capital. Esta perspectiva, que ve al comienzo el narrador, como se definirá en breve, dueño de los cuerpos colonizados en Guatemala, se contraponen rotundamente a la parte principal del relato, que transcurre entre San Francisco y Alaska, donde el protagonista se convierte, junto a sus compañeros de trabajo, en una pieza más de la gran maquinaria capitalista, ahora un explotado gramsciano, aplastado por la organización económica y la hegemonía de clases.

Las dos condiciones opuestas que vive el narrador, antes soberano y luego súbdito, permiten trabajar el cuento desde la perspectiva de la potencia de la vida y del gobierno biopolítico de los cuerpos. El agotamiento de los cuerpos en la producción industrial se suma a la representación de las expresiones de la vida —de ahí el cuidado sobre el biopoder— que se contraponen en el cuento. Es, en resumidas cuentas, también un relato que husmea en las incoherencias de los “excesos de vida”. El gran festín de la anomalía *queer* que abre y cierra la estadía de trabajo en Alaska funciona como esperpento de un fervor disciplinante que lleva, al fin y al cabo, al agotamiento de la vida en la reproducción del capital.

Es intención de estas páginas buscar un hilo conductor en la representación de las políticas —o de las simples conductas— de gobierno de los cuerpos: se lee “Por cuatrocientos dólares...” desde el punto de vista de la vivencia, en la modernidad, de racionalidades distintas en el gobierno de los cuerpos, en el contrapunto entre soberanía colonial y jerarquías propias de la producción industrial, en la ostentación de la consumición de diferentes tipologías de cuerpos, trabajando la ficción desde los pugna entre potencia de la vida y gobierno, disciplina de la misma.

Desde Michel Foucault y sus cimentales publicaciones en busca de una teorización coherente para explicar las lógicas de normalización de las conductas en la formación de Estado-nación moderno, sus inventarios de las anomalías, y, al revés, las formas de resistencias a la racionalidad política —el “biopoder” en la concepción de Toni Negri y Michael Hardt (2003)—, una vertiente importante de la filosofía contemporánea ha ido rastreando el mundo opaco de las (in)coherencias de las políticas sobre el cuerpo. El abordaje de las siguientes teorizaciones ha buscado sistematizar teóricamente el conocido axioma foucaultiano “hacer morir, dejar vivir”² y la conceptualización del poder soberano. Para focalizar las nociones más pertinentes para este trabajo, dejando de un lado una trayectoria crítica que supondría un recorrido bibliográfico demasiado dilatado, se emplea aquí la esclarecedora introducción a la antología al cuidado de Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez *Ensayos sobre biopolítica* (2007):

Pero ese ser viviente, vuelto objeto de tecnología de normalización e individuación, es también el umbral que amenaza y resiste esos mismos dispositivos de sujeción: si el individuo coincide con su cuerpo, si el biopoder superpone los mecanismos de control con la inmanencia de lo vivo, ese mismo cuerpo y ese mismo ser viviente se pueden tornar línea de desfiguración, de anomalía y de resistencia contra las producciones normativas de subjetividad y comunidad. (2007, p. 10)

Como se puede apreciar, Giorgi y Rodríguez buscan leer —desde un planteamiento rigurosamente fijado en el Jacques Derrida de *La farmacia de Platón* (1972)— la tensión constante entre paradigma de las conductas normalizadas y potencia de la vida, pugna esta que origina la performatividad del poder soberano, de su dominio sobre los cuerpos. Más adelante, en la misma introducción, los compiladores de la antología de clásicos sobre biopolítica consideran, retomando a Derrida, la vida como una *intensidad virtual*, “un poder de cambio o de devenir a partir del cual se actualizan mundos políticos” (2007: 23). Esa virtualidad no se opone, según la interpretación de Slavoj Žižek, a lo real, sino a lo actual. Finalmente, entonces, la “virtualidad pura” es “eso que nunca puede ser reducido a un sujeto o un objeto, lo que desafía al pensamiento, a los lenguajes de la filosofía, del arte y de la política, al mismo tiempo que los produce” (*ibid.*).

² Esta expresión cabal en la teorización de Foucault constituye la médula conceptual de *Hay que defender la sociedad* (1997), volumen que reúne las clases que Foucault dictó en el Collège de France entre 1975 y 1976.

Las formas de resistencia a la normalización social y a la racionalidad económica son, según Romano Martini, la producción constante de “exterioridades salvajes”, anomalías, singularidades irregulares que interrumpen las tecnologías de control social (en Mattucci y Vagnarelli 2012, p. 35).

Se pretende así leer el cuento de Rafael Arévalo Martínez como un epítome de los “excesos de vida” entre poder colonial, pulsión dionisiaca y fábula capitalista. Visto desde este punto de vista, se necesita de una función ulterior de lectura del texto que permita *poner en escena* las pulsiones vitales, el agotamiento de las funciones biológicas en el capital y la dilapidación de la vida en el festín. Una estética que luce sus abalorios *queer* y que explota la tensión barroca de la teatralización de la vida para revelar –el cuento podría leerse desde el punto de vista del testimonio de una dilatada masacre, de personas y animales– y “monstrificar” –la visión en conjunto del despilfarro de vida corre el tupido velo de la protección de la vida misma– esa tensión que recorre la sociedad moderna. El cuento, en su vanguardismo, merodea los significados establecidos de la sexualidad y del trabajo y, al hacerlo, los cuestiona reiteradamente. Como un objeto barroco³, la repetida sinécdoque que caracteriza el relato, impide estancarse en una narración centrada.

2. “Empecé a vivir en una continua parranda”⁴

“Por cuatrocientos dólares. (Un guatemalteco en Alaska)” empieza tras los terremotos que asolan Guatemala entre 1917 y 1918. Es evidente que el relato se organiza discursivamente en un pasado anterior a la fecha de publicación, cuando los derechos de los trabajadores no habían tomado todavía una forma

³ Se saca la idea de la resistencia del barroco a la realidad teórica del capital de *La modernidad de lo barroco* (1998) de Bolívar Echeverría. En el volumen, el filósofo ecuatoriano considera el barroco una manera de ser, un porte automático frente a la modernidad (un *ethos* según Echeverría). En el ensayo escribe que la manera de ser barroca es “tan distanciada como la clásica ante la necesidad trascendente del hecho capitalista, no lo acepta, sin embargo, ni se suma a él sino que lo mantiene siempre como inaceptable o ajeno. [...] Es barroca la manera de ser moderno que permite vivir la destrucción de lo cualitativo, producida por el productivismo capitalista, al convertirla en el acceso a la creación de otra dimensión, retardadamente imaginaria, de lo cualitativo. El *ethos* barroco no borra, como lo hace el realista, la contradicción propia del mundo de la vida en la modernidad capitalista, y tampoco la niega, como lo hace el romántico; la reconoce como inevitable, a la manera del clásico, pero a diferencia de este, se resiste a aceptarla [...]” (2011, pp. 39-40).

⁴ Los títulos de este párrafo y de los siguientes son citas que proceden del cuento. En la edición Archivo de 1997, son de las páginas 142, 150, 151.

más o menos cumplida y, particularmente, cuando aún escaseaban las ficciones que, desde un realismo comprometido, reivindicaban la centralidad de los derechos de los obreros consumidos en las remotas geografías de las Américas. Matiz no irrelevante ya que en esas ficciones la protesta va hacia la inclusión del trabajador en un sistema de protección biopolítica de la vida mientras que el enfoque de estas páginas pide otro tipo de lectura. Reconociendo la mera diferencia, no se buscan aquí ficciones ya enmarcadas en una ideología. Sin por supuesto considerar bajo ningún concepto una diferencia de valor entre ellas, las “ficciones del trabajo” procuran sumarse a una justicia del *ethos* realista, incluyendo los trabajadores y las trabajadoras en el sistema de ventajas biopolíticas que supone la medicina y la salud. Lo que se pretende explorar aquí es la ficcionalización del poder sobre la vida, la resistencia de la misma a la disciplina y, a contraluz, también la representación de un soberano, que es justamente el primer disfraz revelador del protagonista.

El cuento arranca cuando un joven de entre veinte y veintiún años, narrador de la historia, llega a ser el administrador de una finca familiar llamada El Retiro —“de la civilización”, añade él (1997, p. 140)—. El *locus aeconomicus* mayúsculo de la realidad productiva latinoamericana —la finca— es un idilio de masculinidad donde el dueño de la producción económica puede amansar la desbordante naturaleza americana y satisfacer un empuje agreste de dominio. De hecho, a continuación el narrador reproduce la idea ya clásica en la modernidad de la imposibilidad de gobernar la naturaleza americana. Desde la estancia, la potencia americana arremete con furor e impele el sometimiento vital de esas mismas fuerzas: “retiro de la civilización, de todo lo que en el mundo se llama cultura y dominio de las fuerzas naturales” (1997, p. 140). Desde “Nuestra América” (1892) de José Martí, el gran problema del control de la desbordante naturaleza americana aflige las élites de las naciones independientes: “con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero” (2007, p. 498), escribe el cubano en su panfleto, subrayando así la urgencia del gobierno que el narrador del cuento de Arévalo Martínez exhibe transfigurándose en un autoproclamado César.

El entorno indócil —“[esa] [p]arte de montaña en que aún vivía la gran alimaña feroz, tan escasa ya en mi patria” (*ibid.*)— insta un ideal de potencia y la repetición del *ego conquiro* colonial (Dussel 2012). Función narrativa a la par que psicológica, la voluntad de conquista convierte al narrador en el soberano de un “diminuto reino europeo” (1997, p. 46), mirador además de la evolución humana desde su paleontología. Desde su posición, puede observar el génesis darwinista de la superioridad antropocéntrica. Las “interesantes especies de cuadrumanos [que] descendían de árboles” (*ibid.*) proporcionan al narrador el desvarío de ser el único individuo en medio de un entorno falto de toda legislación. Esa constante reproducción del devenir humano autoriza su

potestad y su violencia. El protagonista, puesto en el peldaño más alto de la jerarquía, observa la naturaleza hacerse propiedad. Fruición del dominio que instiga la potencia de la vida, el joven usa los cuerpos a su antojo: cuerpos de indígenas con las que satisfacer sus apetitos y cuerpos de animales con los que complacer su hombría indómita.

La madre, alarmada por tanta vida agreste, por tanta subjetividad soberana, resuelve enviarlo a San Francisco donde vive su hermano Daniel y donde se dedica otra vez a expresar la energía de su cuerpo en fiestas dionisiacas. Después de la autoridad de la madre, en Frisco (así en el relato) el narrador experimenta otra forma de control: “más de una vez los *policemen* me recogieron noqueado en callejas desviadas, en los muelles o en los cabarets baratos” (141).

En un momento, gracias a un amigo a quien el joven “amaba más que a su hermana” (*ibid.*) (a la hermana del amigo, con la que tenía relaciones sexuales), el narrador resuelve aventurarse a Alaska para participar en la pesquería de salmones y en la consiguiente producción industrial de latas. Desde este momento, el relato, que siempre había insinuado su disposición al carnaval y a la potencia de la vida, se convierte en una fantasía/pesadilla que podemos insertar en el concepto de *queer* o cuir (Bizzarri 2020, Falconí 2011). En palabras de Gabriele Bizzarri, “entendemos lo *queer*, en sentido amplio, como un dispositivo universal de contestación de las verdades aparentes mediante la teatralización de los actos institucionales del habla que inventan la realidad social y las posiciones fijas de los sujetos que de ella participan” (2020, p. 126).

La apoteosis de esa carnavalización escueta de la potencia de la vida se da en los dos viajes —ida y vuelta— de Frisco a Alaska: el barco se convierte en un escenario de sujetos al margen, individualidades que merodean las directrices del pacto social:

Todo el grupo estaba reclutado entre la peor gente de los barrios bajos de Frisco, boxeadores, desesperados, invertidos, rufianes, asesinos, ladrones, aquéllos que se habían echado la vida a la espalda y estaban dispuestos a jugarla por pocos centavos. Aunque proveniente de distintas nacionalidades, todo aquel terrible conjunto recibía el nombre genérico de «chinese gang», porque en su origen eran los pobres *culies* provenientes de esta nacionalidad, los que componían su abrumadora mayoría. (1997, p. 142)

Pretendidamente ajenos a las costumbres de la vida organizada según los patrones liberales de las sociedades americanas, la irregularidad social de los trabajadores constituye la primera huella de la licitud del capital. La organización, por cierto “no estaba autorizada por el gobierno” pero, frente a la rentabilidad, la misma estaba “sí tolerada a sabiendas” (*ibid.*).

En este contexto de difusa singularidad, los trabajadores emprenden el largo viaje a lo largo del Pacífico norte. Aquí, antes de emplearse en la

reproducción del capital, los desechos sociales viven una fiesta desmedida en la que juegan el truco, consumen alcohol y drogas. Si bien rotundamente impropio, por lo menos según los cánones de la moral, el dilatado festín esconde el dominio que el capital ejerce sobre él. Constantemente, los tripulantes viven según la trampa de la propiedad que les vende a crédito lo que necesitan para aguantar el aburrimiento del largo viaje; la libertad total de la que gozan es nada más un anzuelo de las estrategias económicas de la compañía: “cuando firmé el enganche, esa cantidad [cuatrocientos dólares] fue la que apuntaron en mi haber, en una cartilla de cuentas que me dieron; podía girar hasta esa suma al pedir los diferentes artículos que necesitara, en los almacenes de la compañía” (142). Por supuesto, la felicidad y el enriquecimiento son, juntos, una quimera: “a mi regreso me entregarían el saldo a mi favor en efectivo, si es que había alguno” (*ibid.*).

Los trabajadores representan el “crisol norteamericano” (143) de inmigrantes y el narrador se convierte, ahora, en el sujeto subalterno de la violencia económica de Estados Unidos.

Volviendo a la relación entre exceso de vida y lenguaje apto a representarlo, después de la relación de los elementos generales de la tripulación (migrantes, alcohólicos, ladrones etc.), el narrador se fija en la componente travesti de la muchedumbre. Frente a la excentricidad de la diferencia, el joven guatemalteco no escatima informes grotescos para restituir la excentricidad. Por esto, después de relatar la apariencia de un par de boxeadores mexicanos, decide, “a pesar de sus pintorescos atavíos” (144), desentenderse pronto de ellos para fijarse en “un pelotón de extraños seres, compuesto por nueve o diez miembros”: “... confieso que los creí mujeres, aunque pronto hube de saber que eran ‘maricones’; [...] una —acéptese el femenino, aunque en rigor debiera emplearse el masculino— muy depravada, guapa, con el pelo hasta aquí” (*ibid.*). En esa intencional enfatización de la confusión lingüística, se esconde la fascinación por lo raro que el narrador no escatima al narratorio. Todo en el barco es al mismo tiempo cotidiano e inusual: la suciedad, el hurto y la trampa, la confusión de géneros y los excesos de vida⁵.

⁵ En el capítulo a su cargo incluido en la edición Archivo empleada aquí, Gerald Martin escribe que “Por cuatrocientos dólares” es un “cuento atrevido si los hay” y lo resume con estas palabras: “Un joven guatemalteco que enamora a las mujeres en todas partes, viaja a Alaska a trabajar en una pesquería de salmón, siguiendo la pista de un amigo [...]. Descubre que muchos de sus compañeros de trabajo, todos hombres, son homosexuales. Se acerca poco a poco, subrepticamente, a su tema” (1997, p. 286). No hay curiosidad morbosa en estas constataciones sino el paulatino acercamiento a los dos temas que se están desarrollando en estas páginas, el de

Dejando a un lado las constantes alusiones que el narrador reitera sobre su sexualidad desbordante, la odisea en el barco se debe a su búsqueda de amor hacia Amenábar, ese amigo salvadoreño que tenía en Frisco y que ocasionó la decisión de unirse a la expedición. Cuando, finalmente, se cruzan en el barco, Amenábar, “con los ojos muy abiertos, pronto corrió a abrazarme” (143), para luego beber largamente “como era de rigor” (*ibid.*). Efusividades que se producen justo en la cara del “esposo” “cuya cabeza había adornado yo” (*ibid.*). El gran amor platónico y sexual del narrador termina siendo el salvadoreño, brújula de la pasión y horizonte de las aspiraciones románticas del narrador.

El barco se convierte, a toda luz, en una heterotopía foucaultiana (1966) un lugar perturbador que reproduce escuetamente el mundo exterior. En la edición Archivo a cargo de Dante Liano (1997), se aprecian unos capítulos críticos que abordan la obra de Arévalo, en particular “El hombre que parecía un caballo”, desde la diferencia (y la disidencia) sexual (Arturo Arias y Daniel Balderston, entre otros). Escribir desde o sobre lo raro supone armar una serie de recursos para escamotear el anhelo a salirse de lo normado, privilegiando las formas hermenéuticas del lenguaje como la *ostranenie*, la alegoría, etc. Si el cuento “El hombre que parecía un caballo” es *queer* en la medida en que alude a una sexualidad disidente (o por la mera razón de instituir en el deseo el elemento fundamental de la organización ficcional), “Por cuatrocientos dólares...” es un cuento marcadamente performativo, donde se pone en tela de juicio toda normativización de la vida social, de género, de clases etc. Para alcanzar dicha representación, hay que dilatar el exceso de vida hasta su paroxismo y hacer de él la médula del relato:

¿No se dijo que en el hondo corazón de la vida late la embriaguez dionisiaca, aquella que mezcla el horror, el fervor y el amor en dosis apropiadas para sembrar en el oscuro pecho del hombre el amor a la vida, a la *dulce vida dura?* (146, *énfasis mío*).

la vida y el de la carnavalización barroca de la escritura. Un poco más adelante, refiriéndose a la constante confusión de planes de la escritura, Martín observa que “Arévalo busca frecuentemente la manera de feminizar sus narradores, con sustantivos –‘especie’– y adjetivos –‘digna’– de género femenino” (*ibid.*).

3. “Había llegado la tremenda hora de trabajar”

El contrapunto entre locura y producción industrial no es, en el cuento, de orden moral, sino de orden disciplinar. La vida que confunde sus patrones para extenderse hasta sus límites continúa también en Alaska, pero los excesos de vida sirven, en las frías regiones del norte, únicamente para la reproducción del capital.

En primer lugar y desde el cambio de perspectiva axiológica del cuento, estos cuerpos ya no valen nada, agotados después de la pérdida de valor material en la juerga del barco. Cuando dos mexicanos mueren en Alaska, la compañía paga diez dólares extra “por abrir sus tumbas dentro del hielo” (146), dejándolos ahí debajo de capas y capas de nieve. La degradación de toda clase de humanidad contrasta con la descripción del improvisado velorio, donde “todo el grupo de maricas, [...] fieles a su oficio de mujeres, acompañaron los restos de los mejicanos y rezaron quejumbrosos salmos” (*ibid.*).

Si la misericordia se atribuye a los que, en esta *performance* barroca, “hacen” de mujeres, la realidad de la expedición es la falta total de protección de los límites de la vida. Los cuerpos en Alaska ya no poseen protección alguna y son totalmente destinados al poder soberano, al estado de excepción de la compañía. Son organismos exprimidos en los mecanismos fordistas de producción industrial, todo es coherencia y valorización monetaria del tiempo y del trabajo, solo el cuerpo puede gastarse hasta la rendición. Por la latitud norte de Alaska, el sol de verano embrolla la diferencia entre el día y la noche, “falta de la medida del tiempo” de la que se aprovecha “la compañía para despertarnos a la mitad, cuando solo habíamos disfrutado de medio descanso” (150).

La producción de salmones prevé la clasificación de los trabajadores “por grupos que se movían vertiginosamente” (149). Cada uno tiene su tarea para disipar las figuras de los peces y convertirlas en mercancía:

[...] los cortacabezas [...] guillotaban automáticamente, [...] los cortacolas ejecutaban también a máquina una operación semejante, sólo que éstos ojo avizor [*sic*], para ver si entre los millones de pescados aparecía la pequeña placa de metal, colocada el año anterior [...] a los salmones más pequeños, con una inscripción especial; el que encontraba una de estas placas podía contar con cien dólares extra, pagados por la compañía como cebo para que se fijaran cuidadosamente dónde terminaban las colas y no cortasen ni un centímetro más [...]. Luego, otro grupo de trabajadores les quitaban las entrañas [...] y otros los metían en los botes de hojalata, con la capacidad exacta de una libra (149).

El torbellino de la producción, en el que se miden rigurosamente tiempo y acción, implica la trampa del valor producido, ilude sobre un posible

enriquecimiento y disipa los cuerpos hasta el agotamiento. La estricta racionalidad de la organización económica (en este caso industrial) oculta la lógica de la destrucción y, aún más, la del aniquilamiento; lo que antes era fiesta, vértigo y despropósito ahora se convierte en su envés. La droga, traducida al mundo de la vida productiva, pierde su excentricidad para convertirse en dispositivo de disciplina: "... circulaba un muchacho de la compañía ofreciendo cigarros de marihuana a 25 centavos [...]. La marihuana proporcionaba un artificioso sostén a la energía humana: pero después los más débiles de la excursión enloquecieron" (150). Lo que en el barco era carnaval y éxtasis barroco, ahora es alucinación del provecho, mera inyección de vida bruta para el trabajo. Desde el paradigma biopolítico, la diferencia entre una y otra performatividad depende de la relación con una ley: en el barco, el exceso de vida supera las fronteras del cuerpo reglamentado (Giorgi y Rodríguez 2007); en la producción de bienes industriales (que se podría leer también en clave ecocrítica), el cuerpo normado es, en fin, instrumento para la reproducción de capital: la sustancia es un mero factor de plusvalía.

Interesa destacar que la humanidad y la vida chocan con la relación de dominio del "elemento natural" que incluye también la mujer indígena. La exhibición de los cuerpos que se hace en los viajes supone los mismos excesos, el mismo uso desmedido del cuerpo (también del pescado) que se hace en la producción económica, pero desde un paradigma totalmente diferente. Al yuxtaponer carnaval y capital en el mismo vértigo, Rafael Arévalo Martínez pone en escena la violencia biopolítica del capitalismo. Volviendo a pisar las huellas del trabajo de Gabriele Bizzarri, el exorbitante carnaval del viaje no es otra cosa que un espejo esperpéntico de una realidad mucho más normada, la de las racionalidades de gobierno de las vidas que reducen lo lícito a la legislación del dinero, dictaminando desde la producción económica la legitimidad de la conducta.

4. "Y todo esto, Señor, para que los norteamericanos pudieran comprar una libra de delicioso salmón a 25 centavos"

La proliferación de estudios sobre las resistencias que empiezan con Foucault y luego continúan con Derrida se ha vuelto central en la teorización actual de las relaciones sociales, de la construcción de jerarquías, de la aniquilación de las diferencias y de la individuación de ejercicios difusos de gobierno, no solo para entender el soberano "literal" (el rey, el Estado, el aparato), sino para seccionar otras praxis de dominio, por ejemplo, el patriarcado. Desde este punto de vista, el auge de la literatura hispanoamericana contemporánea escrita por mujeres, la producción de obras que reflexionan sobre o desde la violencia y el surgimiento de una literatura *queer* dependen también de esta

toma de conciencia, de la difusión de los estudios sobre biopoder, de la voluntad de volver a definir las circunstancias de subjetivación en detrimento del imperio de lo normado. Un proceso que se origina también de los estragos de la vida social de la segunda mitad del siglo XX en América Latina desde el campo de concentración difuso de las dictaduras más recientes, en las que la producción y la imposición de una normalidad se dieron a través de tecnologías de exterminio. La violencia epistémica generalizada —contra hombres y mujeres, indígenas y descendientes de la diáspora africana— sacó el antifaz de la retórica de protección del cuerpo y la transformó en una dilatada masacre.

Desde este punto de vista, la lectura retrospectiva del cuento de Rafael Arévalo Martínez “Por cuatrocientos dólares. (Un guatemalteco en Alaska)” encaja en la necesidad de volver sobre la literatura hispanoamericana para encontrar en ella los gérmenes de dichas críticas a las contradicciones de las disciplinas liberales. En segundo lugar, el enfoque sobre la biopolítica, la resistencia a la normalización de una tipología de conducta, se inscribe en los valiosos (aunque cuantitativamente no muy abundantes) estudios sobre la obra del escritor guatemalteco y, extendiendo el campo, también sobre el papel de las vanguardias (o del modernismo tardío) en la construcción de una subjetividad disidente para la cultura y las letras latinoamericanas. El escenario barroco por el que transitan los personajes y el narrador del cuento pone en escena, al ladearse hasta sobreponerse a las dinámicas de la producción industrial, la falta de una distancia real entre el manejo de los cuerpos subalternos por las empresas industriales (legales o no) y la aparente inmoralidad de la bacanal. El desgaste del cuerpo en la fiesta barroca, las peleas a muerte que los trabajadores instituyen en un momento de la navegación, son el contrapunto de su condición de residuos, aptos para el trabajo y destinado a una muerte casi hasta reglamentada en la producción de latas.

Finalmente, el lenguaje de las vanguardias, junto a las obsesivas experimentaciones modernistas sirven para restituir una visión de la diferencia al mismo tiempo que ocultan el sentido específico (pensamos en la homosexualidad declarada del narrador) en la proliferación de elementos significantes que amontonan elementos excéntricos en una narración que se hace heterotopía.

Bionota: Andrea Pezzè es docente de literaturas hispanoamericanas en la Universidad de Nápoles L’Orientale. Doctor en estudios ibéricos e iberoamericanos por la misma Universidad, trabajó también en la Universidad de Coimbra con una beca posdoctoral. Sus intereses de investigación se centran en la literatura policial hispanoamericana —sobre la cual ha publicado tres monografías, la última *Delirios panópticos y resistencia* (Ciudad de

Guatemala, 2018)—, la ciencia-ficción, el horror y el cine latinoamericano, intereses que se centran en la monografía *Miedo y gobierno en las ficciones masivas de entresiglos* (Buenos Aires, 2024).

Correo electrónico: apezze@unior.it

Bibliografía

- Arévalo Martínez, R. 1997, *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos*, edición crítica de Dante Liano (coordinador), ALLCA, Madrid.
- Bizzarri, G. 2020, “*Performar*” *Latinoamérica: estrategias queer de representación y agenciamiento del Nuevo Mundo en la literatura hispanoamericana contemporánea*, Ledizioni, Milán.
- Caminada Rossetti, L., Gonçalves, F. 2022, *Políticas y narrativas del cuerpo*, Universidad Nacional del Noroeste, Corrientes.
- Dussel, E. 2012, *1492. El encubrimiento del otro. Hacia el origen del “mito de la modernidad”*, Docencia, Buenos Aires.
- Echeverría, B. 1998, *La modernidad de lo barroco*, Era, México.
- Falconí Trávez, D. 2011, *De las cenizas al texto: transgresiones identitarias gays, lesbianas y queer en el ordenamiento literario andino contemporáneo*, EGALES, Barcelona.
- Foucault, M. 1998, *Le parole e le cose. Un’archeologia delle scienze umane*; trad. it. de E. Panaitescu, Rizzoli, Milán.
- Foucault, M. 2004, *Vigilare e punire. Nascita della prigione*; ed. it. de A. Turchetti, Einaudi, Torino [1975].
- Foucault, M. 2005, *Nascita della biopolitica. Corso al Collège de France (1978-1979)*; ed. it. de M. Bertani e V. Zini, Feltrinelli, Milán [2004].
- Foucault, M. 2020, *Bisogna difendere la società. Corso al Collège de France (1975-1976)*; ed. it. de M. Bertani e A. Fontana, Milán Feltrinelli [1997].
- Giorgi, G. y Rodríguez, F. 2007 (eds.), *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, Paidós, Buenos Aires.
- Mattucci, R. y Vagnarelli, G. 2012, *Medicalizzazione, sorveglianza e biopolitica. A partire da Michel Foucault*, Mimesis, Milán.
- Negri, T. y Hardt, M. 2003, *Impero*, Rizzoli, Milán.
- Pagés Larraya, A. 1968, *Los extraños cuentos de Rafael Arévalo Martínez*, en “Universidad”, 76, pp. 127-143.
- Quijano, A. 2000, *Coloniality of Power and Eurocentrism in Latin America*, en “International Sociology”, 15: 2, pp. 215-232.
- Quijano, A. 2017, *La colonialidad del poder*, Casa de las Américas, La Habana.